LA INDEPENDENCIA URUGUAYA COMO PROBLEMA

— I —

Nuestra independencia vista como problema, lo ha sido en dos sentidos. Uno histórico, en cuanto interpretación del pasado: del proceso que condujo a ella, de sus figuras y episodios esenciales, especialmente —aunque no únicamente— de la personalidad de Artigas y el significado del 25 de agosto. Otro político, en cuanto diagnóstico del presente y previsión del futuro: posibilidad o capacidad del país para mantener su lograda condición de independiente.

Esos dos sentidos configuran en realidad dos problemas. No son el uno separable en absoluto del otro; por algo sus respectivos planteamientos han andado a veces mezclados. Pero son, sí, discernibles, y a medida que pasa el tiempo, cada vez más autónomos. Así, por ejemplo, para el problema histórico seguirá siendo siempre válida la fórmula: entre Brasil y Argentina; mientras que para el problema político —político en acepción de política suprapartidaria, o política nacional, o todavía política internacional— esa fórmula, válida a lo largo del siglo XIX, ha perdido vigencia en el actual, sin que el problema mismo haya desaparecido.

Entre Buenos Aires y Río: tal fue el conflictual signo que rigió la suerte de este pedazo de tierra, desde los primeros tiempos del coloniaje. Detrás, hasta el estallido de la Revolución, y durante buena parte del curso de ésta, Madrid y Lisboa. Detrás todavía, desde antes de aquel estallido, pero sobre todo después de él, Londres. Entre Buenos Aires y Río, con Londres, y en

algún momento París, detrás —fuera de combate las capitales de la península— se juega luego nuestro destino desde principios de la década del 20 hasta fines del siglo XIX. No es del caso aquí entrar en la dialéctica que relaciona los diferentes términos de semejante condicionamiento. Digamos sólo que, pese a él, lo verdaderamente decisivo para la fijación del estatuto internacional de nuestro territorio fue, en definitiva, la voluntad de la sociedad que lo poblaba, tal como ella se expidió desde el Grito del 11 a la Jura del 30, pasando —sin hablar de las luchas armadas— por los momentos culminantes de las Instrucciones del 13 y la Declaratoria del 25.

Para la inteligencia nacional, la independencia uruguaya se planteó por primera vez como problema histórico en las conocidas circunstancias que rodearon la erección, en 1879, del Monumento a la Independencia, en la villa de Florida, programado desde 1874. Lo fue por primera vez, en cuanto planteamiento expreso capaz de cuestionar, a través de una discusión colectiva, la significación del 25 de agosto, consagrado ya por continuados pronunciamientos oficiales y populares. Primero Juan Carlos Gómez desde Buenos Aires, en el mismo año 1879, luego Pedro Bustamante desde la tribuna del Ateneo, en 1879 y 1880, negaron que fuera esa la fecha simbólica de la Independencia, en razón del simultáneo reconocimiento que la Asamblea de la Florida hizo de nuestra pertenencia a la Unión de las Provincias del Río de la Plata.

En el plano de la inteligencia, les respondieron Alejandro Magariños Cervantes, José Pe-

dro Ramírez, Carlos María Ramírez, Francisco Bauzá; en el del sentimiento, Juan Zorrilla de San Martín y las muchedumbres que vibraron con el canto de *La Leyenda Patria* desde que se le oyó por primera vez al pie del Monumento, en el acto de su inauguración. La cuestión reapareció a principios de la década del 20 de este siglo, con motivo de la elección del Centenario, decidiéndose oficialmente con el clásico Informe de Pablo Blanco Acevedo, de 1922. Esporádicas insinuaciones de replanteamiento se producen todavía, de tanto en tanto.

Pero al lado de ese problema histórico, o de interpretación histórica, está el problema político. En términos de formalidad intelectual, surgió también por primera vez en la década del 70 del siglo pasado. Surgió por motivaciones ajenas al de aquél, para luego mezclarse ambos en los debates de los años 79 y 80. Problema, sin embargo, planteado de hecho desde los comienzos de nuestra existencia constitucional, ha permanecido siempre latente, reapareciendo en nuestros días con fisonomía propia, en el marco de nuevas ecuaciones mundiales y continentales determinadas por el fenómeno del imperialismo moderno. Es éste el problema que quisiéramos enfocar aquí, con sólo las referencias imprescindibles a aquella cuestión histórica. Claro está que dicho problema político tiene él mismo su historia, y es en esta historia que pondremos el acento, como antecedente de su planteamiento actual.

— II —

La independencia fue declarada de derecho en 1825 y obtenida de hecho en 1828, al firmarse, con la mediación de Inglaterra —interesada en el estatuto de nuestra costa como llave que es de la cuenca del Plata—, la llamada Convención Preliminar de Paz entre la República de las Provincias Unidas y el Imperio del Brasil. Por dicha Convención, el nuevo Estado se separaba a la vez de uno y otro de los países contratantes: para el primero, había sido hasta ese momento, una de sus provincias, la Provincia Oriental; para el segundo, había sido también hasta ese momento una de sus provincias, la Provincia Cisplatina. Esa doble simultánea separación —guerra por medio— tuvo todos los caracteres de un doble desgarramiento, sentido a la vez, aunque de manera distinta, por Argentina y Brasil, y por nosotros mismos.

Política y militarmente, en las luchas cívicas y en las guerras civiles, en todos los cambios de gobierno y en todas las revoluciones, nuestros partidos y los partidos argentinos siguieron entrelazados todavía durante varias décadas. Tan

nuestros como argentinos fueron el rosismo y el mitrismo, vastos fenómenos de signo contrario que actúan de clave en la etapa de la organización nacional. El blanco Oribe —ex y a la vez futuro jefe de Estado del Uruguay— guerrea en el interior de la Argentina ayudando a Rosas a imponerse sobre los restos del partido unitario y luego invade el Uruguay con su apoyo; veinte años después el colorado Flores —igualmente ex y a la vez futuro jefe de Estado del Uruguay— guerrea en el interior de la Argentina ayudando a Mitre a imponerse sobre los restos del partido federal y luego invade con su apoyo el Uruguay. En otro orden, como ex provincia del antiguo Virreinato del Río de la Plata que había sido tributaria de los centros de cultura transplatenses, debimos seguir contando por mucho tiempo, en las corrientes de ideas y en el campo de la educación, para la preparación de las clases ilustradas y el reclutamiento de los primeros elencos profesoriales y profesionales, con el material intelectual y el elemento humano que proporcionaba la Argentina. Las sucesivas proscripciones políticas colaboraron en ello. Fue especialmente así durante todo el proceso fundacional de nuestra Universidad, desde 1833 hasta 1849. Es recién después de Caseros que se iniciará la verdadera bifurcación universitaria y cultural de los dos países del Plata.

Diplomática y militarmente, por otro lado, el Imperio del Brasil siguió interviniendo en nuestro país, en todos los gobiernos y en todas las revoluciones, también durante varias décadas. Ya en 1811 y 1816 habían tenido lugar las Primera y Segunda Invasiones Portuguesas, con preparación a la que no fueron ajenos los respectivos poderes políticos de entonces, de Montevideo y Buenos Aires. De la misma manera, en 1851 y 1864 acontecen las que pueden ser llamadas Primera y Segunda Invasiones Brasileñas; aquélla, resultado de una triple alianza entre el Brasil, Entre Ríos y el gobierno montevideano de la Defensa; ésta, resultado igualmente de un entendimiento triangular, entre Brasil, Argentina y el caudillo Flores, del que iba a surgir al año siguiente, para llevar la guerra al Paraguay, la tristemente célebre "Triple Alianza". Siguió a la invasión de 1851 la firma de vergonzosos tratados con el Brasil, entre ellos uno de límites que legalizó las sucesivas usurpaciones territoriales realizadas por el Imperio a nuestra costa, al norte del Cuareim. Siguió del mismo modo a la toma del poder por Flores en 1865 con el apoyo militar brasileño —holocausto de Paysandú por medio—, el restablecimiento de aquellos tratados que había quemado públicamente el gobierno caído.

De tal suerte, hasta la década del 60 inclu-

sive, en alianzas o en conflictos, Argentina y Brasil —que por la Convención de 1828 se habían obligado a defender nuestra independencia e integridad— siguieron encontrándose sobre nuestro suelo, mezclados los suyos a nuestros partidos y a nuestros ejércitos. Fue como si continuáramos siendo, para aquélla, la Provincia Oriental, para éste, la Provincia Cisplatina. Más o menos veladas, más o menos ostensibles según los momentos, permanecían latentes las nunca abandonadas ideas, para Buenos Aires, de la reconstrucción del Virreinato, para Río, de la consagración del Plata como meridional límite arcifinio del Imperio. El viejo pleito colonial entre España y Portugal, del siglo XV al XVIII, del Tratado de Tordesillas en 1494 al de San Ildefonso en 1777, conoció a lo largo del período de la Revolución, con la participación activa de Inglaterra —de la apertura de Lord Strangford en 1811 hasta la clausura de Lord Ponsomby en 1828—, la nueva instancia que decidió al fin la Convención Preliminar de Paz. Tercera instancia en el mismo pleito, en el cuadro ya de nuestro ciclo independiente, vuelta posible por nuestro endémico estado interno de guerra civil, vino a ser, de hecho, aquella obstinada presencia argentino-brasileña en nuestra existencia nacional, hasta el desenlace mismo de la Guerra del Paraguay, al filo de 1870. Por algo Argentina y Brasil no llegaron a suscribir nunca el tratado definitivo de paz que debió seguir a la Convención sólo “preliminar” de 1828.

Producida en 1863 la invasión de Flores con el decidido concurso de Mitre, decía el diario de éste refiriéndose a nuestro 18 de julio: “He ahí el aniversario de la independencia de la República Oriental. ¡Triste fecha! Ella rememora el triunfo del localismo que ha impedido por medio siglo la organización de la república y que ha ido desmembrando poco a poco la patria de 1810”. No es la única manifestación en el mismo sentido. De ahí que haya escrito Eduardo Acevedo: “Tenía el gobierno de Mitre la esperanza, de que participaban tantos prohombres de la época, de reconstituir las antiguas provincias del Río de la Plata mediante la reincorporación del Uruguay”. Pero Flores recibió también desde el primer momento la ayuda del Brasil; y por más que para éste, como para la Argentina, se encarara aquella aventura como el prólogo de una guerra contra el Paraguay, el Uruguay en sí mismo no dejaba de constituir uno de sus objetivos. A fines de 1861, un artículo publicado en un importante diario de Río, que la prensa de Montevideo atribuyó nada menos que al Ministro de Negocios Extranjeros del Brasil, había dicho: “Por lo que respecta al Es-

tado Oriental del Uruguay o antigua Provincia Cisplatina, presa igualmente de tantas agitaciones y dificultades en el presente y de tantas incertidumbres y peligros en el futuro, si por ventura sus hijos más dedicados y más ilustrados apoyados por el sufragio universal, en toda la pureza y espontaneidad de su patriotismo, creyeran que les convenía más volver al gremio de la familia brasileña antes de dejar consumir la patria en la vorágine de las luchas y ambiciones personales nunca satisfechas, tampoco podría dársele a esto el nombre de usurpación y de conquista, ni aún de anexión: sería cuando mucho una restitución, ya que es preciso que fuera alguna cosa”.

Cuando en 1864 la ayuda brasileña a Flores se convirtió en intervención armada, un conspicuo miembro del propio comité revolucionario que operaba en Buenos Aires, José Pedro Ramírez, se sintió obligado a declarar que así como el Brasil no permitiría la absorción por la Argentina, tampoco la Argentina permitiría la absorción por el Brasil, recordando como prueba de esto último las siguientes palabras del Ministro de Relaciones Exteriores del gobierno de Mitre ante el Congreso argentino: “Desde el momento en que la actitud del Brasil se tradujese por una amenaza a la independencia de la República Oriental, el gobierno argentino vendría al Congreso a pedir autorización para declarar la guerra al Imperio, guerra en que todas las simpatías estarán con nosotros, como que el Brasil se cubriría de infamia”. No le faltaba, pues, razón a Alberdi cuando llamó a la Triple Alianza concertada al año siguiente, una “liga de tres enemigos natos, cada uno de los cuales desconfía más de su aliado que del enemigo común”.

— III —

La verdad es que pese a tantas vicisitudes, presiones, complicidades, confabulaciones, pasiones e intereses —de afuera y de adentro— por el lado uruguayo ninguna corriente política o intelectual, así fuera reducida, propició o admitió, hasta entonces, la revisión de nuestro estatuto independiente. Lo que llegó a sostenerse y hasta proyectarse fue, ya la protección, ya la neutralización internacional del país.

En 1840, bajo la amenaza rosista, el gobierno de Rivera envió a Europa a José Ellauri para gestionar de Francia e Inglaterra la firma de sendos tratados —entre otros— de garantía por ambos países de la independencia de la República Oriental, durante un plazo determinado. En memoria presentada al gobierno francés, Ellauri destacaba la incesante intervención en

las guerras civiles del Uruguay, en los pocos años transcurridos, de los dos países signatarios de la Convención de 1828; y al dirigirse poco después al gobierno inglés, luego de señalar nuestra necesidad de paz exterior y tranquilidad interior para el desarrollo del comercio por la multiplicación del trabajo, la población y por consiguiente los consumos, concluía: "Estamos convencidos que muy difícilmente lograremos tan grandes bienes sin la garantía y el apoyo al menos moral de una o más de las grandes potencias europeas interesadas en los mismos objetos... Me consideraré muy feliz si contribuyo a que él (el tratado de garantías) se celebre entre la Gran Bretaña y la República que represento. Esta podrá ratificarlo sin mengua de su nacionalidad e independencia". Los gobiernos a que se apelaba se desentendieron.

En 1856, en los comienzos de la presidencia de Pereyra, el Brasil y la Confederación Argentina concertaron un tratado de amistad, comercio y navegación, incluyendo dos cláusulas que afectaban la soberanía del Uruguay: por una se comprometían a defender su independencia e integridad, renovando una obligación de la Convención preliminar de paz de 1828; por la otra establecían en qué casos se consideraría atacada la independencia e integridad del Estado Oriental. El Uruguay reclamó ante ambos gobiernos, por semejante tratado concertado sin su intervención.

En la nota cursada por su Ministro en Río, Andrés Lamas, se decía: "La República Oriental del Uruguay será independiente mientras existan orientales. En este punto no hay partidos ni disidencias, y como lo decía el Infrascripto al Gobierno Imperial en 1854, ningún proyecto de dominación encontrará en ellos, ni en ninguna parte de ellos, cooperadores, cómplices, ni aun indiferentes... Quieren ser, serán independientes, pero por su derecho, por su voluntad, no porque la independencia les sea impuesta, no porque inconsultos ellos, sus vecinos tengan la benevolencia de constituirse los campeones perpetuos de la independencia oriental". Los gobiernos de Paraná y Río declararon que el tratado no menoscaba el carácter absoluto y perfecto de la independencia oriental. Y como consecuencia de aquellos reclamos y de estas declaraciones, un tratado de neutralización de nuestra república se proyectó a principios de 1859 entre los gobiernos uruguayo, argentino y brasileño.

Se reconocía por el mismo que la incorporación o protectorado a favor de la Argentina o el Brasil, alteraría las condiciones de paz, equilibrio y seguridad de estos países, e igual peligro

ocurriría con la incorporación o protectorado a favor de cualquiera otra potencia del mundo; asimismo, la superficie territorial del Uruguay no podría ser disminuida sin inconveniente para su fuerza y aun para su existencia. En definitiva, el Uruguay quedaba "declarado y garantizado como Estado absoluto y perpetuamente neutro entre el Imperio del Brasil y la Confederación Argentina". El proyecto encontró resistencia en las Cámaras. Cándido Joanicó, entonces diputado, presentó otro proyecto, también de neutralización, en el que además de Brasil y Argentina se preveía como eventuales estados garantes, Francia, Inglaterra, España y Estados Unidos. Aconsejando su aprobación decía entre otras cosas la Comisión respectiva: "Colocada la república en medio de dos naciones relativamente poderosas, no necesita demostrarse como ella ha sido y tendrá que ser en lo sucesivo, agitada y conmovida por los intereses y cuestiones de sus vecinos, y que aun cuando no fuera más que en el interés de su equilibrio político, esas naciones no dejarán de disputarse en lo venidero, como lo han hecho en el pasado, la influencia o la dominación de nuestro país. En esta situación, la única solución favorable de las dificultades existentes, favorable para nosotros, para la Confederación Argentina y para el Brasil, es la neutralización". Aprobado en Diputados, el proyecto escolló en el Senado.

En el mismo año 1859, un pentagonal incidente diplomático y militar que tuvo por escenario principal el puerto de Montevideo, en el que anduvieron mezclados los respectivos gobiernos de Buenos Aires y de la Confederación Argentina —entonces separados—, el Imperio del Brasil, revolucionarios orientales y nuestro propio gobierno, impulsó al presidente Pereyra a dirigir un manifiesto al país preconizando "el principio salvador de la neutralización absoluta". A su juicio, "colocada la república por su situación geográfica en medio de dos naciones que alternativamente y en tiempos no muy lejanos se disputaron su predominio... vino a costa de su sangre y de su tesoro a aprender que toda vez que por razones de conveniencia siempre transitorias, como lo es la de la política que no busca base real en intereses mercantiles y económicos, en intereses permanentes, se dejase arrastrar bajo la influencia de la una o de la otra, bien a las luchas fratricidas, bien a las guerras nacionales, sólo tendría que recoger por resultado la desmembración de su territorio, el empobrecimiento y la ruina de su bienestar". Por el carácter presidencial de esta declaración, por el proceso que condujo a ella, y por su tenor mismo, puede apreciarse el grado de dramatismo a que había llegado, cuando se iba a ini-

ciar la década del 60, el permanente problema de la salvaguardia de nuestra independencia nacional.

En 1861 la batalla de Pavón, ganada por Mitre con el eficaz concurso de Flores, abrió una nueva era en la historia del Río de la Plata: la de la hegemonía del mitrismo, en la que todos los temores por los que se había ido al proyecto de neutralización —justificado o no en sí mismo este proyecto— tuvieron una confirmación trágica: tras la unificación de la Argentina, el inmenso enredo argentino-brasileño con Flores y nuestro país por centro. En enero de 1865, caído Paysandú y definitivamente comprometida ya la plaza de Montevideo, el gobierno de Aguirre renueva aquella idea de la neutralización, enviando en misión ante las Cortes de Inglaterra, Francia, España e Italia, para proponerla, a su gran campeón del año 59, Cándido Joanicó. En el pliego de instrucciones se decía: "El objeto primordial de la misión, es buscar un acuerdo entre las potencias cerca de las cuales va acreditada, para garantizar los legítimos intereses vinculados a la república, garantizando la independencia nacional y la estabilidad de los gobiernos legales por un período de 25 años si es posible. La causa de los desórdenes, de la anarquía y de sus funestas consecuencias, en que el fruto de los cortos intervalos de paz que ha gozado el país ha sido dolorosamente perdido, está como V.E. lo sabe, en las aspiraciones del Brasil y Buenos Aires a anexarse este territorio, y en la conmixión de los partidos de esos vecinos funestos, con los que desgraciadamente dividen la sociedad oriental. . ." No se trata de establecer un protectorado. Bastaría "la garantía colectiva de la independencia absoluta y la estabilidad de los gobiernos regulares por un compromiso solemne de Inglaterra, Francia, España e Italia".

Cuando la misión llegó a su destino, Flores había entrado ya en Montevideo. Pero pese a las turbulencias por las que se había pasado, y las que todavía siguieron en la cuenca del Plata hasta 1870, con el lustro de la Guerra del Paraguay, el estatuto internacional del Uruguay permaneció incólume. Y no tanto porque las opuestas aspiraciones de Argentina y Brasil sobre nuestro territorio —¿Provincia Oriental?, ¿Provincia Cisplatina?— se hubieran anulado entre sí, como porque sobre unas y otras pesará indiscutida de ahora en adelante, como nunca desde los buenos tiempos de Canning y Ponsomby, la potestad eminente de Inglaterra. La década del 60 es la década en que el imperialismo británico deja definitivamente atrás la primaria fase mercantil, para ingresar en la de predominio del capital financiero monopolista, por

su colocación en empréstitos, servicios públicos e industrias nacientes. El apogeo de la era victoriana se inicia, y con él, la incontrastable preeminencia de Inglaterra en determinadas regiones del mundo, entre ellas el Plata. A este común condicionamiento ultramarino no fue diplomáticamente ajena la síntesis dialéctica de los contradictorios intereses entre Mitre y Pedro II, como no fue ajeno el fenómeno mismo del mitrismo —para nosotros florismo— en su génesis, desarrollo y desenlace, constituido este último por el aniquilamiento del Paraguay, López y su política.

La hasta entonces tambaleante independencia del Uruguay iba a quedar asegurada en el futuro, sin necesidad de tratado de neutralización. En lugar de la neutralización de jure iba a sobrevenir una neutralización de facto, garantizada —hasta la Segunda Guerra Mundial— por la flota británica del Atlántico Sur, con sus bases reales o eventuales, en Las Malvinas por un lado, en Maldonado y Montevideo por otro.

— IV —

Todavía a principios de la década del 70 se exteriorizan amenazas brasileñas o argentinas para la independencia uruguaya. En plena guerra de Aparicio, ambos países limítrofes vuelven a mezclarse en nuestras contiendas internas, con distintos apoyos a la revolución o al gobierno.

Sacando partido de aquella situación, un importante diario brasileño llega a escribir en 1871: "En tales circunstancias, ¿conviene al Brasil la permanencia de este eterno centro de discordia? No le será más conveniente ocupar militarmente el territorio al norte del Río Negro, casi exclusivamente habitado por brasileños, como garantía de lo que le adeuda el Estado Oriental? De cierto que es ésta la política que seguiría un gobierno verdaderamente patriota, que se interesara por el progreso material del Brasil, constantemente embarazado en su marcha por las eternas disensiones del Uruguay. Y si en un plazo dado no se resolvieran todas las cuestiones orientales, entonces el Brasil, asumiendo la posición que le compete como primera Nación de la América del Sur, borraría del mapa de las naciones a la titulada República Oriental y con su territorio formaría de nuevo la Provincia Cisplatina, con utilidad para ambos países y principalmente para el Estado Oriental". Y en 1872, a la hora de la finalización diplomática, ya que no militar, de la Triple Alianza, nada menos que el diario de Mitre decía: "La historia es una maestra que cobra a altos precios sus lecciones, pero que las escribe para una

eternidad, y la historia nos dice que si el Imperio no tiene el temple altivo de la potencia guerrera, tiene la sagacidad de la zorra y la fiereza del ave de rapiña... Que ha caminado con pies de plomo, pero siempre hacia adelante, en derecha a Constantinopla, con el ojo fijo en la tierra prometida, en este Edén soñado que no calcina el sol de fuego de la zona tórrida... La caída del Paraguay en vez de calmar su ambición la ha excitado".

Tres años después entraba nuestra República en la profunda crisis abierta, con el ciclo del militarismo, por el Motín de enero de 1875. La inteligencia nacional, llegada a una etapa de madurez, se ve impulsada a pensar o repensar el país como no lo había hecho hasta entonces. En el mismo 75 escribe Varela su célebre libro *La legislación escolar*, publicado al año siguiente. Aborda allí la crisis económica, la crisis política, la crisis financiera, en sendos capítulos a los que sigue inmediatamente otro titulado "Amenazas para el porvenir", cuyo primer tema es formulado así: "La Independencia amenazada". Forzoso resulta transcribir sus lúcidos párrafos iniciales, apertura de un debate intelectual que se iba a mantener sobre el tapete durante un lustro:

"Que son graves los peligros que amenazan nuestro porvenir si continuamos como hasta ahora, es una observación que todos alcanzan y que se formula muy a menudo, aunque se proceda siempre como si no se creyera lo que se dice. Las amenazas son, sin embargo, reales y tanto más temibles cuanto se comprenden las que pueden interesar a los que sólo se preocupan de lo que está cerca, y las que interesan también a aquellos que siguen las evoluciones de los pueblos al través de los tiempos, y que quisieran que ni mañana ni más tarde desapareciera su país de la faz de la tierra.

"Los peligros inmediatos que pesan exclusivamente sobre nosotros como pueblo independiente, se refieren a la nacionalidad; los lejanos, que alcanzan igualmente a todos los que hablan nuestro idioma, y de los que participamos nosotros como miembros de una numerosa familia, se refieren al idioma, a la religión, a las costumbres, a todo, en fin, lo que presta a los pueblos españoles e hispanoamericanos una fisonomía propia.

"Como lo consigna la misma Constitución política que nos rige, la independencia de la República Oriental fue resultado del acuerdo realizado entre el Brasil y la República Argentina al terminar la guerra del año 28. Es porque ambos rivales se reconocieron impotentes para vencerse el uno al otro que aceptaron, como término de conciliación, la fundación de una

nacionalidad independiente, pero débil y pequeña, que sirviese, más bien que para resolver, para aplazar la solución del conflicto que entre españoles y portugueses primero, y entre argentinos y brasileños después, viene prolongándose desde hace siglos. Ambos aspiran al dominio de esta margen del Plata: la República Argentina como medio de dominar absolutamente el Grande Estuario y sus afluentes; el Brasil como medio de compartir con su vecino el dominio del Plata, y de asegurarse una entrada libre para sus vastos territorios del Alto Uruguay. Era, pues, evidente que la independencia efectiva y constante de la República Oriental sería contrariada, más o menos abiertamente, por sus limítrofes, y que dependería casi exclusivamente de los esfuerzos realizados por los hijos de este país para variar las primitivas condiciones. Si hubiéramos permanecido en paz, y hubiéramos desarrollado por la educación las fuerzas vivas del país, habríamos consolidado nuestra nacionalidad, aminorando la distancia que nos separa, como poder, de nuestros limítrofes, rivales entre sí. En vez de eso, mientras que el Brasil ha permanecido constantemente en paz, y ha seguido una marcha de envidiables progresos, y mientras que la República Argentina ha ido tranquilizándose más y más, y desarrollando su poder, nosotros hemos vivido en una anarquía permanente, juguets hoy de aquéllos y mañana de éstos, debilitándonos, empobreciéndonos, aniquilándonos cada vez más y en consecuencia, haciendo cada vez menos viable nuestra nacionalidad.

"En la hora actual, el Brasil, después de continuados y pacientes esfuerzos, domina con sus súbditos, que son propietarios del suelo, casi todo el Norte de la República: en toda esa zona, hasta el idioma nacional casi se ha perdido ya, puesto que es el portugués el que se habla con más generalidad. De ahí que en nuestras luchas civiles hayamos visto a los partidos orientales necesitando del concurso de jefes brasileños para poner en movimiento a fuertes divisiones del Norte de la República, compuestas en realidad, no de orientales sino de brasileños, que, aun cuando hayan nacido en nuestro territorio, conservan el idioma, las costumbres y el amor a la patria de sus padres, que es la suya también, aunque no hayan nacido en ella, ya que para conservarles hasta la nacionalidad, han ido a bautizarlos en las parroquias brasileñas de la frontera. En esas condiciones, que se produzca un conflicto armado entre el Brasil y la República Argentina, en el que forzosamente tendremos que tomar parte, y el Norte de la República será brasileño de hecho, por más esfuerzos que hagamos para impedirlo. La conquista pa-

cífica de esa zona de la República, realizada por medio del capital y del trabajo, ha venido operándose desde hace tiempo, sin que ni las autoridades ni el pueblo oriental hayan sabido impedirlo.

“Por otra parte, las nacionalidades débiles y pequeñas tienen que reposar, para la conservación de su independencia, en el respeto que inspiren por la regularidad de sus procederles. En el estado actual de las sociedades humanas no hay más que dos medios para las naciones, de hacerse respetar: uno, la fuerza; el otro, la estimación que sepan conquistarse en el mundo, por su industria, por su inteligencia, por su moralidad. A nuestro juicio, la tendencia de la época es reunir ambas condiciones en cada nación, de manera que las pequeñas nacionalidades vayan fundiéndose en grandes confederaciones, capaces de hacerse respetar por la fuerza, cuando la regularidad de sus procederles no basta a asegurarles el respeto de los demás: pero, cualesquiera que sean las opiniones que se tengan a ese respecto, nadie negará que es contrario a la razón pretender que se puede ser débil y turbulento y anárquico, y a la vez propiciarse las simpatías de los fuertes, lo bastante para que ellos nos sirvan de protección.”

El problema de la independencia nacional —pionero Varela una vez más— quedaba desde entonces planteado en otro terreno o desde otro ángulo: el de la sociología, y aun de la filosofía de la historia. Pero agregaba todavía, Varela, en la aurora del imperialismo moderno, la preocupación por otro tipo de amenazas. Recordaba estas palabras, de pluma francesa, recién publicadas en la *Revue des Deux Mondes*: “La Inglaterra, la Francia, la Italia... son partes contratantes de una convención tácita que obliga a esos Estados transoceánicos (los sudamericanos) a responder de la seguridad de los individuos que en provecho suyo han separado de la madre patria y a no comprometer en empresas locas los capitales tomados en préstamo para obras de progreso. El contrato, el día en que deje de ser fielmente ejecutado, impone a los viejos Estados que han engendrado esas jóvenes repúblicas, el deber de intervenir y de impedir nefastos conflictos por su influencia moral y la autoridad que les confiere su grandeza material”. Y comentaba: “Esas ideas que empiezan a germinar en Europa y que han de ir acentuándose a medida que sea mayor el número de individuos y de capitales extranjeros que se hallen comprometidos en la suerte de los pueblos sudamericanos, aumentan los peligros que para nuestra nacionalidad entraña el porvenir, si persistimos en la funesta vía que hemos seguido desde que nos hicimos independientes”.

Imposible pormenorizar aquí los desarrollos que a la cuestión daba Varela, especialmente cuando del caso aislado de nuestra nacionalidad se desplazaba al del conjunto de las hispanoamericanas. La a la sazón candente cuestión de las razas, pasa entonces por su pluma para hacer sonar la alarma ante el contraste ofrecido por la expansividad sajona y el estancamiento latino. Los desarrollos fueron todavía más extensos cuando debió enzarzarse en la inmediata polémica que sobre el contenido de La legislación escolar le promovió Carlos María Ramírez. El de la independencia nacional —que llevó desde la cuestión de las nacionalidades pequeñas hasta el sentido filosófico de la idea de patria— fue uno de los puntos tocados por ella.

— V —

Cuando en 1879 se inauguró en Florida el Monumento a la Independencia Nacional, un ya recordado debate tuvo lugar en torno al hecho mismo de esa independencia. Lo suscitó la actitud asumida por Juan Carlos Gómez, entonces en Buenos Aires, al ser invitado por Alejandro Magariños Cervantes a asistir al acto de la inauguración. Buena parte giró en torno al que hemos llamado problema histórico, o sea la interpretación del proceso que condujo desde la gesta de Artigas hasta la Convención de 1828, pasando por las Actas de la Asamblea de 1825. No es esta cuestión histórica la que nos interesa ahora. Pero el debate incluyó también la de la viabilidad presente y futura de la nacionalidad oriental, la de su posible subsistencia como país independiente.

Después de arremeter en los términos conocidos, contra el 25 de Agosto como fecha simbólica de la independencia, manifestó Gómez, primero en carta a Magariños Cervantes y luego en una serie de artículos en la prensa de Buenos Aires, profundas reservas sobre las nacionalidades pequeñas, indicando que nuestro porvenir se hallaba en la reconstrucción de la vieja unidad platense. No era nueva en él esta manera de pensar. En coincidencia con grandes argentinos, como Sarmiento, Juan María Gutiérrez, Mitre, venía exponiéndola desde décadas atrás. En 1859 escribía en “El Nacional” de Buenos Aires: “El Estado oriental ha de venir a la unión. Es cuestión de tiempo. Veintinueve años de desgracias y desastres le han probado que la paz es imposible con esa ficción de nacionalidad que lo mantiene en la condición de provincia brasileña, con todas las cargas y sin ninguna de las ventajas de las demás provincias del Imperio”. Sin embargo, pensaba entonces, como después, que tan necesaria como al Uru-

guay, esa unión lo era a la Argentina, como único medio de solucionar su propio gran problema del antagonismo entre Buenos Aires y las provincias.

En 1867, volviendo sobre el tema en la prensa de Buenos Aires, escribía: "Puesto que no podemos romper la comunidad de familia hecha por Dios: puesto que los sucesos de la Confederación Argentina han de refluir tan directamente sobre nosotros, querramos o no querramos, que el día que ella tenga un Rosas hemos de tener nosotros un asedio de diez años, coloquémonos en una posición tal que no se tire un tiro en la Confederación sin nuestro voto y nuestro conocimiento, asumiendo nuestra parte de dirección de los sucesos, para prevenir los adversos y encauzar los prósperos, sin que nos impongan sus errores y sus extravíos, gobiernos extranjeros y partidos ajenos." Aclaraba: "Yo no quiero anexión ni incorporación del Estado Oriental a la Confederación Argentina... ¡No! Hay dos fracciones de la patria que se pretenden naciones: la una se llama República Oriental, la otra República Argentina... Yo propongo que con la supresión de ambas se forma la nueva Nación". Y decía también, contrariando, no sólo la aspiración tradicional de Buenos Aires, sino también el sueño sarmientino de "Argirópolis", la utópica capital del Plata a fundar en la isla Martín García, que sólo Montevideo podía ser la capital definitiva de la Unión.

Al volver en 1879 sobre sus viejas ideas cuando el episodio del Monumento, subió a la tribuna del Ateneo a contestarle, José Pedro Ramírez. Una conferencia dictó en octubre del mismo año. La mayor parte de ella fue dedicada a la cuestión histórica de la Asamblea de la Florida, pero rozó también —con promesa de tratarla en particular en una segunda conferencia— la cuestión política del restablecimiento de la perdida unidad. Antes de hacerlo, se le cruzó en la misma tribuna, en el mes de noviembre, defendiendo las ideas de Gómez, otra gran figura de la generación principista, Pedro Bustamante. Con cuatro interrogantes inició su conferencia. Es la cuarta la que nos interesa ahora. La formulaba así: "¿Es renegado o mal ciudadano don Juan C. Gómez por haber llegado buenamente a persuadirse que su país no cuenta con elementos de vida propia, y que sería más feliz formando, en unión de la República Argentina, los Estados Unidos del Plata?"

La verdad es que no abundó en su desarrollo; pero quedó bien en claro su escepticismo sobre las posibilidades de nuestra independencia: "Preciso es tener una fe bien robusta, no sé si en nosotros mismos o en el favor de Dios, para no haberse preguntado una vez al menos: ¿So-

mos un sol que se levanta o un sol que decae? ¿Tenemos elementos de vida propia? ¿Podemos sostener siquiera por otro medio siglo, este rol de nación independiente que, mal que bien, hemos sostenido hasta ahora?" A lo que agregaba: "O Platinos o Brasileros, mucho temo, señores, que en estos precisos términos se plantee al fin el problema que habrán de revolver... nuestros nietos, si no son los padres de nuestros nietos. Sí, digámoslo con entera franqueza: nuestro más vivo y constante anhelo es conservar nuestra independencia; pero nuestra confianza en poderla conservar, si no está en razón inversa, menos aun está en razón directa de nuestros votos".

En el correr de 1880, dos conferencias más dedicó José Pedro Ramírez en el Ateneo, a refutar a Gómez tanto como a Bustamante, quien por su parte pronunció una segunda. Fue recién en la última de las suyas que Ramírez abordó el problema de la posibilidad presente y futura de nuestra independencia, ocupado hasta entonces por la sempiterna cuestión histórica en la que el mismo Bustamante se había demorado, y que fue, sin duda, capital para la generación a que pertenecían. A la vez que de exaltación de la independencia nacional, fueron aquellos los años decisivos de la destrucción de la leyenda negra que había rodeado al nombre de Artigas; años en que definitivamente se cimentó la conciencia histórica de la nacionalidad.

Hay en esa última conferencia de Ramírez un pasaje especialmente iluminador de un deslinde temático, con frecuencia desatendido, que es, por otra parte, el que hemos querido poner en la base de este trabajo. Declara Ramírez que mientras ha discutido los precedentes históricos y sostenido que la independencia del país tiene raíces profundas en el sentimiento público, no ha faltado quien lo haya interrumpido con frecuencia para decirle: "Esa no es la cuestión: sobre los precedentes históricos que explican y justifican la nacionalidad que surgió del tratado de paz de 1828 y sobre el sentimiento de la patria más o menos intenso que arde en el pecho de los ciudadanos nativos de este país, está el hecho sensible e irrecusable de que esa nacionalidad carece de elementos y de aptitudes para conservarse y robustecerse".

Públicamente, los más significativos sostenedores de la necesidad, o por lo menos conveniencia de la unión —ya hablaremos del caso de Angel Floro Costa y Gregorio Pérez Gomar— habían sido hasta entonces Juan Carlos Gómez y Pedro Bustamante, el primero, por otra parte, desde Buenos Aires, donde transcurrió la mayor parte de su existencia. Sin embargo, la jerarquía intelectual de ambos y su reconocida autoridad

moral, acrecentada en la materia por la nunca desmentida fidelidad al país, tenían que darles a sus palabras, y les dieron, una profunda resonancia. Al rebatirlas, en aquella su última conferencia —a nuestro juicio la más importante de las tres que pronunciara, al mismo tiempo que el documento fundamental producido en la totalidad del debate de aquella época— empezaba Ramírez preguntando: “¿Qué se dice, qué se arguye, qué se alega para demostrar que carecemos de los elementos constitutivos de una nacionalidad más o menos fuerte, más o menos floreciente, más o menos feliz?”

La respuesta, o conjunto de respuestas, resultaron repartidas en dos grandes aspectos. Uno, de carácter positivo, constituido por las razones que autorizaban a considerarnos una nacionalidad con existencia propia. Otro, de carácter negativo, donde se calificaba de utópico, del punto de vista de su realización práctica a la vez que como remedio de nuestros efectivos males, el pensamiento de sus contrincantes.

Bajo el primer aspecto consideró Ramírez, desde distintos ángulos, nuestras condiciones de territorio, población, producción, comercio exterior, recursos financieros, instrucción pública. Acudió principalmente a datos estadísticos. Del análisis se le imponía como evidente “la asombrosa vitalidad del país”. No era que disimulara, sin embargo, lo sombrío de los años transcurridos y del presente que se vivía. Escribiendo a mediados de 1880, después de la caída de Latorre y a la vista la próxima dictadura de Santos, continuaba:

“No es posible negar que el espectáculo que ha ofrecido este país desde su emancipación es verdaderamente desconsolador; pero no adulteremos su significado, ni nos dejemos impresionar irreflexiblemente por un hecho explicable bajo todos conceptos. ¿Podía, debía dar otros frutos la colonización española en el vasto continente de Colón?”

Seguía la exposición del explicable contraste entre los caracteres de las respectivas colonizaciones inglesa y española en América, continuado, como natural consecuencia, en el contraste entre los respectivos destinos en la etapa independiente de las Américas del Norte y del Sur. No éramos nosotros una excepción en el continente sudamericano, ni tampoco en el Río de la Plata, puntualizando Ramírez el caso de la Argentina, presa de la anarquía durante veinte años, dominada por la tiranía durante otros veinte y de nuevo en permanente guerra civil en los últimos treinta. “Luego, señores —concluía— si el espectáculo que ha ofrecido y ofrece nuestro país autoriza y justifica la solución que proclaman el doctor Gómez y el doctor Bustaman-

te, el espectáculo que ofrecen las Repúblicas Sud-Americanas nos llevaría a maldecir de la Revolución y a conspirar para que el yugo de una poderosa nación nos volviese a la servidumbre y nos restituyese a la plácida tranquilidad de los tiempos coloniales”.

Se alza contra semejante derrotismo: “Pero no: los desastres, las revoluciones, la anarquía, el despotismo de medio siglo, no son un argumento eficaz contra nuestra capacidad colectiva, porque existen causas diversas que explican estos hechos, y sobre todo porque la historia nos enseña que todos los pueblos en situaciones análogas han pasado por las mismas vicisitudes, han sufrido las mismas contrariedades y los mismos infortunios, sin desmayar por eso, sin abdicar, sin ocurrir al medio de suprimirse, confesando su incapacidad y su impotencia”. Y con profética lucidez agregaba:

“Los problemas sociales y políticos son gravísimos siempre; y resolverlos suele ser la obra de muchas generaciones... Los pueblos que no tienen más problemas a resolver que el de gobernarse por las instituciones juradas, no están condenados a sucumbir; la cuestión es de tiempo; y de espíritus pequeños sería no hacerse cargo de que mal puede una generación encerrar dentro de sí misma los destinos de un pueblo. Y aun cuando la generación a que pertenecemos no alcanzase a resolver el problema, no dejaría de haber cumplido su misión. De ella, dirán por lo menos nuestros hijos: ¡creyeron, lucharon, padecieron, se inmolaron; dejan un grato recuerdo y son acreedores a nuestra simpatía y a nuestra veneración!”

En este preciso punto pasaba Ramírez al segundo aspecto de su exposición, aquel que hemos llamado de carácter negativo, porque se dirigía, luego de afirmada o reafirmada nuestra capacidad para la independencia, a mostrar la imposibilidad práctica de la supuesta solución unionista. A renglón seguido de las palabras últimamente transcriptas, decía:

“Me apercibo de que vuelvo a caer en el defecto del lirismo que tan mal sienta a mi ilustrado competidor; pero a este respecto voy a permitirme decir al apóstol de aquí y al apóstol de allá, que los verdaderos líricos son los que sin darse cuenta de la realidad de los hechos, se abstraen en la región del ideal e imaginan soluciones de todo punto imposibles; y sobre todo que, lirismo por lirismo, el mío respondería a la cuerda eólica del patriotismo y el de mi competidor a la cuerda floja de la utopía.”

Que la propuesta unión era utópica como solución al problema interno de nuestra estabilidad institucional, lo fundamentaba Ramírez en dos grandes consideraciones. En primer término,

tal unión, anexión o incorporación, no podía sino desencadenar un gran conflicto bélico en el Plata, con intervención acaso hasta de Chile, cuyo resultado fatal iba a ser el reparto polaco de nuestro suelo. En segundo término, aun en el supuesto, puramente hipotético, de que pasáramos a ser una provincia de la Confederación Argentina sin que el cambio provocara agitaciones, ni perturbaciones, ni guerras, no dejaríamos por eso de ser lo que éramos. Los detenidos razonamientos en que despliega una y otra de esas dos consideraciones, constituyen la culminación feliz de su notable alegato, tan lamentablemente olvidado por no decir desconocido. Concluía:

"No me hago ilusiones respecto a nuestra situación; no quiero disimularme sus inconvenientes y sus peligros; pero sostendré que el problema está planteado; que sus términos no pueden variarse y que es necesario perseverar en el propósito de resolverlo por más ruda y más ingrata que sea la tarea... El problema está planteado. La independencia de este país es un hecho producido por su voluntad consciente, afirmado por un tratado que es en sí mismo una solución de paz entre los países limítrofes y confirmado por medio siglo de vida nacional; este país se ha dado instituciones que no funcionan o funcionan mal; el problema está circunscripto a restaurar el imperio de esas instituciones, a popularizarlas e imponerlas como una necesidad suprema, como el único medio de radicar la paz, de conservar la nacionalidad, de hacer libres, felices y dignos a los ciudadanos que se agrupan bajo su bandera".

— VI —

A lo largo exactamente de un año, de mayo de 1879, fecha de la inauguración del Monumento en la Florida, a mayo de 1880, fecha de la tercera y última conferencia de Ramírez, corrió aquel ciclo de polémica intelectual en torno a nuestra independencia, que acaba de verse. Por un lado, allí, la cuestión histórica: Artigas, los Treinta y Tres, las Actas de la Florida, la Convención Preliminar de Paz; por otro lado, la cuestión política: nuestra capacidad, a los cincuenta años de jurada la Constitución, para subsistir como país independiente. Con la última conferencia de Ramírez, que con el tiempo resultó ser la verdadera sentencia de aquel gran pleito, debió éste quedar cerrado. Tuvo, sin embargo, la cuestión política, antes de terminar el mismo año 80, un inesperado epílogo a cargo de Ángel Floro Costa. Lo constituyó su libro *Nirvana*, fechado en Buenos Aires en el mes de setiembre, el único libro dedicado entonces al

acuciante problema de nuestra independencia. Es otra de las piezas de aquella generación, sobre tal problema, prácticamente desconocida por las generaciones actuales.

Después de una permanencia de tres lustros en Buenos Aires, había regresado Costa a Montevideo en 1878. Al año siguiente, invitado por Magariños Cervantes, formó parte del jurado que presidió el certamen histórico y literario que solemnizó la erección del monumento a la Independencia. De tiempo atrás era, sin embargo, como Juan Carlos Gómez, partidario de la reconstrucción de la unidad platense, por la unión de nuestro país con la Argentina. Por lo menos ya en 1875 se había manifestado así en el capítulo noveno de su libro *Defensa de las instituciones de crédito de la provincia de Buenos Aires*. Más que aconsejar dicha unión por la necesidad de salvaguardar nuestra supervivencia nacional, lo que había hecho allí era afirmar su ineluctabilidad como fenómeno histórico rigurosamente determinado. Lo guiaba su viejo y definido criterio de interpretación económica de la historia, del que, siguiendo a Alberdi, fue él en su época tal vez el principal campeón en el Río de la Plata. Partía entonces de la tesis contenida en estos párrafos:

"La ignorancia, la pasión y el egoísmo de nuestros gobiernos, explotados por la insidiosa política de enemigos comunes, han podido partir en dos pedazos una grande y hermosa nacionalidad, que sería hoy la envidia del mundo y la admiración de la América; han podido fraccionarla para la vida política, debilitarla para su vida de relación; pero no han podido fraccionarla para su vida económica y comercial, que hace de ella un solo y único organismo. Ha podido hacerse un monstruo de dos cabezas; pero no han podido violentarse las leyes naturales, hasta el punto de romper sus vísceras digestivas, para formar dos estómagos del gran estuario del Plata. El Plata es un solo y único pueblo en su vida económica y comercial; solidarias son ambas márgenes, de su progreso, del incremento de su riqueza y hasta de los hechos culminantes que afianzan o comprometen la paz y la tranquilidad pública, base de toda prosperidad futura". Después de ilustrar con diversidad de argumentos esa tesis de la identidad económica, concluía:

"El comercio y la economía política crearán la liga rioplatense, como crearon a las orillas del Báltico la liga hanseática y el Zollverein. La política y la diplomacia, esos dos grandes artificios de la naciente sociabilidad de las naciones, podrán hacer lo que quieran: acelerar o retardar estas soluciones; pero ellas fueron, aquí como en todas partes, impotentes para contrarrestar las

leyes naturales del mundo económico en que están archivados los verdaderos secretos de la historia, y que aun hoy encierran los arcanos de la actividad del mundo moderno."

Después de haber participado en los actos de inauguración del monumento a la Independencia en 1879, había regresado a Buenos Aires a raíz de persecuciones políticas de que fuera objeto por la dictadura de Latorre. Habiendo seguido desde allí la polémica que el hecho mismo del monumento había suscitado, se decidió a contribuir al debate escribiendo el mencionado libro *Nirvana*.

Es en su género un libro único en la historia de nuestras letras. Estaba dividido en tres partes, de las cuales el propio Costa dijo en el prefacio: "la primera interesa sólo al autor y a un estrecho círculo de amigos personales", la segunda "al lector honrado de la República del Uruguay", siendo la tercera "de interés general para los países del Plata". En la segunda edición hecha en 1899 suprimió con buen acuerdo la primera parte y debió haber suprimido también la segunda, no porque carecieran, una y otra, de interés propio, sino porque refiriéndose a las andanzas políticas del autor y a problemas internos del país, desentonaban con la tercera, dedicada por entero al problema de la independencia nacional. Sólo esta tercera parte constituye por sí misma un libro orgánico y es la que un día, por tercera vez, habrá que reeditar como tal, bajo aquel título de *Nirvana* que también sólo a ella se refería. Así se titulaba el libro porque en él —después de aplicar al problema nacional todo su bagaje científico de consagrado doctrinario del positivismo— llegaba Costa a la nihilista conclusión de que el país marchaba rápidamente hacia su disolución definitiva.

"Hay en los viejos libros de la India —decía en las últimas páginas, explicando recién entonces la razón de ser del título— una filosofía útil y cómoda a la mente, cuando ha sido trabajada por el desencanto y herida por el triunfante rayo de la mentira y la barbarie. Esa filosofía es el aniquilamiento extático del espíritu por las iluminaciones panteístas de la ciencia. Especie de sonambulismo seráfico, o mejor dicho de catalepsia voluntaria que nos sustrae a las realidades dolorosas del mundo en que vivimos, y nos circunda de luz en la intimidad de nuestra propia conciencia, es el *Nirvana*. . . Acaso tenía razón Buda, cuando creía que el Universo se reducía a una pura vanidad, a una pura ficción. . . *Maya*, tal fue la palabra que inventó para sintetizar sus juicios. Contra ella, no hay a veces nada mejor que el *Nirvana*: olvido, aniquilamiento, éxtasis, pero también iluminación constante de la verdad. ¡Única compensación, único

consuelo, la ciencia! ¿No será acaso el *Nirvana* lo que habrá empezado a invadir ya mi espíritu? . . . ¿No será él lo que invade ya los espíritus selectos de mi patria?" . . .

Precioso es el valor documental de este libro. Del punto de vista de las posiciones sustentadas en la época, la última conferencia de José Pedro Ramírez constituyó, sin duda, la pieza más clarividente, la que encerraba —en armonía, por otra parte, con la avasalladora emoción patriótica que puso en acción el canto de Zorrilla— el secreto de un porvenir que es ahora un pasado casi secular. Pero el libro de Costa, único estudio ordenadamente sistemático y despiadadamente crítico del conjunto del problema, quedará siempre como el testimonio más completo de las tribulaciones profundas a que fue sometido el sentimiento nacional de aquella generación.

Los trece capítulos de la mencionada tercera parte —que pasó a ser segunda en la segunda edición, y que es la única que tenemos en cuenta cuando decimos el libro— se repartían ellos mismos así: "El pasado" (cinco capítulos); "El presente" (un capítulo); "El porvenir" (seis capítulos); "*Nirvana*" (un capítulo). Los relativos al pasado se referían a tres temas: "Artigas", "El Brasil", "Buenos Aires". Los relativos al porvenir encaraban tres soluciones para el magno problema, cuya sola formulación manifiesta con toda elocuencia el espíritu, y al mismo tiempo el desenlace, por cierto inesperado, de la obra: "Primera solución: la Independencia"; "Segunda solución: la reconstrucción de los Estados Unidos del Plata"; "Tercera y única solución probable: la Provincia Cisplatina". Todo esto a fines de 1880.

Prescindamos aquí una vez más, conforme al método que nos hemos impuesto en este trabajo, del que hemos llamado problema histórico; aunque no sin dejar apuntado que no compartía Costa el juicio negativo de Gómez sobre Artigas y la Asamblea de la Florida, patrocinante y orador como fue en el episodio de erección del Monumento, en 1879, junto a Magariños Cervantes, a quien dedicó, en incisivas páginas, el libro de 1880. O sea, prescindamos de lo que llamaba "El pasado". En cuanto a lo que llamaba "El presente", limitémonos a consignar sus conclusiones, sobre las cuales se basaría el planteamiento del problema proyectado al porvenir. Escribiendo como escribía, desde Buenos Aires, después de la caída de Latorre y en vísperas del ascenso de Santos, decía: "Diez años hace que el sentido moral de aquel país cede visiblemente a la acción lenta de un hundimiento general. Los más notables espíritus han plegado ya sus alas ante la implacabilidad del destino. Una extraña niebla cósmica, semejante a

la penumbra que precede al eclipse total, comienza ya a invadirlo todo... ¿Y es bajo tan reales y desalentadores auspicios que pretende mi excelente amigo el doctor Ramírez, que aun podemos ser una nación independiente, libre, feliz y respetada?"

Entraba enseguida en los capítulos referentes a "El porvenir", exponiendo derechamente, en la primera página, las distintas alternativas que consideraba en juego: "Tres soluciones igualmente posibles, pero no igualmente probables, se ofrecen a mi espíritu para el porvenir: O la consolidación y robustecimiento de nuestra nacionalidad e independencia, bajo el imperio de las libres instituciones republicanas; —O la unión con la República Argentina, reconstruyéndose bajo una enseña común los Estados Unidos del Plata; —O la unión al Brasil, entrando en la categoría de una de las tantas provincias del Imperio. —Examinaré rápidamente las respectivas probabilidades de estas tres únicas soluciones".

En todo el debate de la época, promovido por la propaganda de Juan Carlos Gómez, nadie había hecho un planteamiento en tan rotundos y explícitos términos. De modo curioso, ese planteamiento especulativo hecho desde Buenos Aires por un escritor uruguayo independiente, cincuenta años después de la Jura de la Constitución, coincidía punto por punto con el que, nueve años antes de ella, había hecho oficialmente en Río, como Ministro de Negocios Extranjeros de Juan VI, el ilustre filósofo y estadista liberal portugués Silvestre Pinheiro Ferreira. En su histórico oficio de abril de 1821 al Barón de la Laguna, ordenando la convocatoria del que se iba a llamar Congreso Cisplatino, decía: "Siendo una verdad de primera intuición que las cosas no pueden ni deben quedar allí en el estado y modo como actualmente se encuentran, tres son únicamente las hipótesis que es lícito admitir sobre la futura situación de ese país, que hoy se encuentra ocupado por las armas portuguesas. O él se une de una vez cordial y francamente al Reino del Brasil, o prefiere incorporarse a alguna de las otras Provincias, o finalmente se constituye en Estado Independiente". Quería que lo decidiese con libertad el Congreso a convocar.

Fue en esos precisos términos, en 1821, al año de la proscripción de Artigas y de la consumación de la conquista portuguesa, que por primera vez se planteó en un formal acto oficial, la alternativa de nuestra independencia, no propuesta todavía, aunque sin duda de algún modo ya concebida, por nosotros mismos. Y lo fue a través de aquella opción triangular que luego, antes y después de la Convención suscrita en

1828 por los gobiernos de Dorrego y Pedro I, se discutiría tantas veces sobre los campos de batalla, en la mesa de las negociaciones, o por la pluma de los periodistas y los escritores. El libro Nirvana iba a contener su formulación postrera. En 1821 y 1880, dos intelectuales de raza —el iluminista Pinheiro Ferreira, discípulo de Locke y Condillac, y el positivista Costa, discípulo de Darwin y Spencer— apoyándose en fundamentos filosóficos derivados de sus respectivas escuelas (cuestión en la que lamentablemente no podemos entrar aquí), jalonan el punto inicial y el punto terminal del ciclo histórico de aquella opción triangular. Antes de 1821 la opción se había circunscripto al diler Argentina o Brasil; después de 1880 no habrá más opciones en el sentido clásico, ni entre dos ni entre tres términos: queda definitivamente franqueado el camino único de la independencia.

Resulta notable contrastar las respectivas provisiones de Pinheiro Ferreira y de Costa frente a aquella triple opción, naturalmente que en contextos históricos distintos. Decía el primero en 1821: "Si el Congreso, como es lo probable, determina que el país hoy ocupado por las tropas de Su Majestad se constituya en Estado Independiente, V.E. ajustará con el Gobierno que elijan..." Decía el segundo en 1880: "Y nuestra historia, y nuestra geografía, y los precedentes análogos de otras naciones, convencen de que, por más que sea grata a las ambiciones del patriotismo la solución de nuestra independencia, ella ha sido, es y será absolutamente ilusoria; y por lo tanto, la nación oriental es factible que marche por las vías de una constante y rápida desorganización y decadencia hasta su completa eliminación del mapa de América. Aunque es posible, pues, esta solución, es la más improbable de todas."

La segunda solución que encaraba Costa era la de la unión con la Argentina por el establecimiento de los Estados Unidos del Plata, nuevo nombre sustitutivo del tradicional Provincias Unidas del Río de la Plata. Aquel nombre era el que venía proponiendo también Juan Carlos Gómez, para quien, como para Costa, no se trataba de "incorporación" o "anexión" a, sino de "unión" con la Argentina, distinción terminológica no desprovista de importancia, pero que sus adversarios pasaban por alto manejando siempre, para impugnarlos más fácilmente, los vocablos anexión y anexionismo. Aquella denominación propuesta por Gómez y Costa para la Unión, variaba apenas la lanzada por Sarmiento en su ya citado libro Argirópolis de 1850: Estados Unidos de la América del Sud, que incluirían además al Paraguay, posibilidad que Costa admitía también. Era esta de la Unión,

a su juicio, de las tres soluciones la más conveniente, tanto para el Uruguay como para la Argentina, llegando a defender esa conveniencia —económica, política y moral— con verdadero entusiasmo.

La capital no debía ser problema: "Si Buenos Aires quiere ser la capital que lo sea. Tiene la preeminencia, tiene la tradición, tiene los mayores elementos, tiene, por consiguiente, el derecho. Si no le conviene serlo, en razón de preferir su autonomía, que sea entonces Montevideo, como ya antes que yo lo propuso el doctor Gómez. Si Montevideo no quiere serlo, o si surgen celos y dificultades que se opongan a ello, entonces entre San Nicolás, el Rosario, Belgrano, Las Piedras o Martín García (Argirópolis), que distintamente se han propuesto. Yo me permitiría aconsejar fuese Nueva Palmira, o Punta Gorda, que por las condiciones de su puerto sería, como Fray Bentos, en pocos años, una gran ciudad". Pero después de dedicar a la defensa de esta solución de la Unión, tres capítulos con extensos enfoques desde muy diversos ángulos, terminaba Costa su estudio con un cuarto así titulado: "La Unión del Plata es improbable". Síntesis de los razonamientos en que se basaba son estas palabras: "¡Convencer a orientales! ¡convencer a argentinos, y muy especialmente al elemento localista de Buenos Aires! ¿Quién es el necio que lo pretende?"

Sólo le quedaba por residuo la tercera solución: "La poca probabilidad, pues, de que se realice ninguna de las dos soluciones que dejo estudiadas, dejar por el hecho en el tapete de la discusión la única solución que ofrece probabilidades de realizarse en época más o menos cercana, nuestra incorporación al Brasil, como Provincia Cisplatina". Esa incorporación la preveía bajo la forma de una conquista, más o menos violenta, más o menos pacífica. "El Imperio del Brasil, como lo ha dicho Alberdi, y lo confirman la geografía y la historia, es el Tántalo de estos países, y ha sido y será invasor y ha sido y será conquistador, porque en ello, más que a una ley de raza, cede a una ley de clima, a una suprema necesidad económica, para satisfacer la cual, sus claros y tradicionales instintos, como la aguja imantada, aunque tengan variaciones, se dirigen siempre a un punto, al Sur, a Montevideo, que es y será siempre el polo magnético de su diplomacia".

Cientista, o científicista, como era —lo que le mereció a principios de este siglo algunos alfilerazos de Unamuno— era sobre bases científicas que quería colocar sus pesimistas conclusiones sobre nuestro destino nacional: "Si, como pienso, la historia y la política, o mejor dicho toda la ciencia social, es una ciencia positiva, las

conclusiones a que he llegado podrán ser erróneas por exceso o defecto de enumeración de los factores que las autorizan, pero nadie dirá que son aventuradas, improvisadas, ni fantásticas". No le resultaban, por otra parte gratas. Le daban como patriota aquellas conclusiones a que se sentía obligado a llegar como científico: "Acaso no está lejano el día que el pabellón auri-verde se extienda como un sudario sobre las reliquias de nuestra desventurada raza... Leo con claridad el fatal horóscopo y me anticipo a llevar por mi patria luto eterno en el corazón".

Alejandro Magariños Cervantes le escribió a Costa: "El mérito que para mí tiene Nirvana, el mejor elogio que podría hacer de ese libro, es que con todos sus lunares y defectos, ningún otro, escrito en el Río de la Plata, me ha impresionado ni hecho pensar tanto como la 3ª parte y algunas páginas de la 1ª y la 2ª". Por su parte, le escribió Alberdi: "Mi respeto a la geografía consagrada, que nos hace ser dos países, no excluye el gusto con que recuerdo que hemos sido uno solo, y el que tendría que volviésemos a serlo sin guerra ni violencia alguna". Más significativo fue el comentario que al libro dedicó Mitre en su diario La Nación de Buenos Aires en octubre del mismo 1880; Mitre, el de las bélicas aventuras platenses de la década del 60. Sus palabras de entonces sobre el problema de la unión, tienen todo el valor de un testamento generacional:

"La idea de reconstruir el antiguo Virreinato del Río de la Plata, es un sueño que todos los argentinos han abrigado más o menos en sus días de entusiasmo juvenil, en que la política se hace con la imaginación y el patriotismo se alimenta con perspectivas de grandeza fantástica. El tiempo, la propia experiencia, la escuela austera del dolor, la elaboración difícil de nuestra propia nacionalidad y la responsabilidad solemne ante las generaciones presentes y futuras, nos han dado una razón más evidente de nuestra razón de ser como nación, una percepción más clara de nuestro destino y nuestra misión, así como una conciencia más equilibrada de los elementos que constituyen nuestra vitalidad en el tiempo y en el espacio. Si alguna vez las partes o el todo de lo que antiguamente formó el Virreinato del Río de la Plata volviessen a reunirse en un solo cuerpo de nación, sería por su propia gravitación, como la Alemania se ha condensado y la Italia se ha unido por sus afinidades electivas; pero nunca por combinaciones artificiales ni acciones violentas que comprometerían su propia vida, atrofiando sus órganos, sin transmitir vida robusta a las partes así apegadas y no asimiladas".

Sin embargo, todavía en 1881 el Goberna-

tor de la Provincia de Buenos Aires, Dardo Rocha se pronunciaba en un discurso oficial a bordo de un acorazado por la reconstitución de la vieja unión platense, si bien por evolución natural y pacífica. Ángel Floro Costa que había regresado a Montevideo y ocupaba la Fiscalía de Hacienda, publicó un artículo elogiándolo. Siguió su inmediata destitución. El hombre fuerte de la situación, Ministro de la Guerra y próximo dictador, coronel Santos, se dirigió a la prensa declarando: "Prefiero ver a mi país pobre y miserable, pero libre e independiente, que es la mayor y más noble de las grandezas, antes que verlo esclavo del extranjero, por más que en este caso estuviera en el colmo de la prosperidad y del esplendor".

— VII —

A partir de la década del 80, el problema mismo desapareció del tapete. En pleno ciclo polémico, Gregorio Pérez Gomar, uno de los raros partidarios de la posición sustentada por Gómez, Bustamante y Costa, de regreso de Europa, escribía al primero exaltando el caso de la unidad italiana como ejemplo para nosotros. "Pero —añadía— la idea no tiene ambiente en el pueblo y hay que dejar que el tiempo haga su obra." La obra del tiempo fue en sentido contrario.

Y no fueron meras razones sentimentales a partir de La Leyenda Patria, o de reconstrucción histórica por las plumas de Bauzá o Carlos María Ramírez, o de polémica ateneísta al estilo de José Pedro Ramírez, las que hicieron no más discutible el hecho de nuestra independencia nacional. Sin desconocer la significación de todos esos factores, fue lo decisivo la consolidación política y económica de la República, en un nuevo cuadro —político y económico también— de relaciones internacionales. Ya hemos hablado de la importancia que tuvo la hegemonía británica, dentro de las categorías del imperialismo moderno configurado en el último tercio del siglo XIX, para la reafirmación de nuestro estatuto territorial en los términos en que lo había definido la Convención de 1828.

La clásica incertidumbre de nuestra subsistencia como país independiente, amenazada por las antagonicas aspiraciones anexionistas de los dos grandes, Brasil y Argentina, se esfuma así después del 80. Eso no obstante, el estatuto internacional de nuestro país, reaparece cada vez más como problema, poniendo de nuevo en juego la idea de independencia. Ocurre ello en un cuadro histórico en que aquel conflicto, como

tantos otros regionales del continente, se diluye en el conflicto máximo que contrasta al continente mismo con la superpotencia de la América Sajona, heredera de la hegemonía británica, incluso en el Plata, después de la Segunda Guerra Mundial. Entre la presión, o penetración, del imperialismo contemporáneo, por un lado, y la consiguiente exigencia de la Unión Latinoamericana, por otro, ¿en qué condiciones viene a presentarse para las generaciones actuales —y próximas— el renovado problema de la independencia nacional?

Gustaron Gómez, Bustamante, Costa y Pérez Gomar, hablar de patria chica y patria grande, entendiendo por ésta la Argentina. Hoy, como en realidad siempre, la verdadera patria grande es América Latina. No se trata de pommenorizar aquí tal cuestión. Pero, paradójicamente, el problema político de la independencia así replanteado, nos retrotrae al problema histórico que ha girado en torno a la interpretación de las célebres Actas del 25 de Agosto de 1825.

La primera de ellas declaró nuestra Independencia de cualquier poder del Universo; la segunda, nuestra Unión con las tradicionalmente hermanas Provincias Argentinas. Comentaba Pablo Blanco Acevedo en su fundamental Informe de 1922: "Las dos actas son de Independencia y se complementan la una con la otra. Unir no es incorporar. Se pueden unir dos países con un objeto determinado, conservando cada uno su independencia, soberanía e instituciones, sin que sufran ninguno de ellos menoscabo, pero no se pueden incorporar sin que los atributos diferenciales de uno al menos, desaparezcan en absoluto".

La segunda Acta del 25 de Agosto empezaba formulando un voto de Unión, para decretar en seguida, en perfecta armonía de conceptos y de términos: "Queda la Provincia Oriental del Río de la Plata unida a las demás de este nombre en el territorio de Sur América, por ser la libre y espontánea voluntad de los pueblos que la componen..." Sustitúyase Provincia Oriental del Río de la Plata por República Oriental del Uruguay, y ese mismo texto histórico encierra la fórmula de nuestro futuro ingreso a la Unión Latinoamericana en el ejercicio de la independencia nacional.

Pero esto nos pone en el camino de otro tema, íntimamente relacionado con el de este trabajo —rozado en él pero soslayado a desigmo— que se emplaza en el campo de la filosofía de la historia nacional y americana: la nacionalidad uruguaya como problema.